

La historia que viene*

Carlos Barros
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE COMPOSTELA

La manera de escribir la historia implantada entre los historiadores profesionales a partir de la II Guerra Mundial, la historia entendida como ciencia, de cuya puesta en práctica resultó una historia económico-social, estructural y objetivista, que propugnó la ambición ideal de una historia total y la necesidad de estudiar el pasado para comprender el presente y construir un futuro mejor, ha sido fuertemente cuestionada a lo largo de la pasada década, al tiempo que entró en crisis el proyecto filosófico común que la sustentaba, la idea ilustrada del progreso.

Hasta ahí la evidencia. Resulta menos claro para todos, y la razón de ser de este trabajo es intentar explicitarlo, el hecho de que la comunidad

* Ponencia presentada en el Congreso "La historia a debate", celebrado en julio de 1993 en Santiago de Compostela. Este artículo aparecerá también en las actas de dicho congreso (en prensa).

de historiadores ha ido formulando, a la vez que la crítica, nuevos consensos sobre cómo ejercer la profesión, con frecuencia sin saberlo, porque el proceso de las nuevas convergencias se produce más en la práctica que por medio de un debate explícito. Por algo se dice, y con mucha razón, que la crisis finisecular de la historia — pensemos sobre todo en el papel decreciente de los historiadores y de la historia en la sociedad— está acompañada de un formidable incremento de la producción historiográfica, la cual ha renovado enormemente temas y métodos, pero de una manera desigual, sin demasiada reflexión, sin orden ni concierto,¹ lo que limita gravemente y aun puede dar al traste con los posibles resultados. Nuestras primeras reflexiones quieren ser, justamente, sobre la forma en que las comunidades científicas, en general, reconstruyen a través de procesos críticos su acervo común.

Nos interesa más, en esta ocasión, saber qué historia se hace y sobre todo qué historia se debe hacer —con lo cual sobrepasamos consciente y críticamente la función notarial— que las reprobaciones, en algunos frentes muy generalizadas, a las “nuevas historias” que han caracterizado las historiografías del siglo XX y cuya vigencia en gran medida no hemos dejado de reivindicar, siempre y cuando aceptemos —desechando por tanto cualquier espíritu numantino— todo aquello que está superado por la práctica científica en general, y por la práctica de los historiadores en particular, así como las nuevas necesidades sociales, culturales y generacionales, a las que la historia y las ciencias sociales deben responder en este acelerado fin de siglo, iniciado en 1989, que en un principio impulsó tremendamente las críticas posmodernistas —y más aún las premodernistas— para, en un breve plazo, animar una racionalidad renovada, una nueva ilustración, una reformulación de la idea de progreso que tomara en consideración errores y fracasos, esfuerzo intelectual con el que nos sentimos identificados.

Expondremos brevemente, mediante proposiciones argumentadas, los criterios que nos parecen fundamentales para el nuevo consenso historiográfico en gestación, con el fin de alentar el debate contribuyendo a centrarlo y promoviendo la disidencia, conscientes de que todavía estamos en el camino: no ha terminado la transición al paradigma historiográfico común del siglo XXI.

¹ Los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas ya no juegan, como en la posguerra, un papel vertebrador y orientador de la disciplina histórica.

1. La historiografía avanza a saltos y no por simple acumulación, según las decisiones consensuadas en cada momento por la comunidad de historiadores

En cualquier libro de historiografía que se precie se explica el progreso del conocimiento histórico jalonado por rupturas en la forma de escribir la historia.² Han sido particularmente importantes: el cambio traumático de la historia metafísica, sagrada o literaria, a la historia positivista en el siglo XIX, y la revolución historiográfica del siglo XX, protagonizada por la escuela de *Annales* y el materialismo histórico, contra el concepto positivista de la historia. Precisamente este modo de concebir la historia de la historia, a través de revoluciones disciplinares, es deudor de la concepción materialista de la historia.

Pues bien, Thomas S. Kuhn un físico reconvertido en historiador de la ciencia, aplicando a su manera el método de la historia al devenir del conocimiento científico, singularmente referido a las ciencias de la naturaleza, ha revolucionado la filosofía de la ciencia a partir de los años 60,³ poniendo en muy graves aprietos a las, en aquel momento, dominantes concepciones repositivistas (encabezadas por Popper) que han coartado, mucho más de lo que se piensa, el desarrollo del programa historiográfico inicial del materialismo histórico y de *Annales*. A diferencia de los positivistas, viejos y nuevos, Kuhn sitúa el origen de las certidumbres científicas más en las decisiones sucesivamente consensuadas, tras periodos de crisis y rivalidad de teorías, por la comunidad científica de cada disciplina que en la verificación (o falsación) empírica, por lo demás indispensable. La aplicación a las ciencias sociales y humanas de los descubrimientos de Kuhn se infiere de sus propias deudas explicitadas con la historia —y también con la sociología, la psicología social y la epistemología—,⁴ al estudiar la historia de las ciencias físicas, y sobre todo de la propia experiencia de la historiografía, que no por casualidad está hoy creciendo entre los historiadores, que así y todo nunca ha llegado tan lejos, como Kuhn a la hora de sistematizar teórica-

² Al contrario que los libros de texto de las ciencias físicas, los libros de historia de la historia tienden a disimular los elementos de continuidad historiográfica en beneficio de las diferentes escuelas y teorías historiográficas.

³ Kuhn, *Estructura*, 1975; *Función*, 1979; *Segundos pensamientos*, 1978; *Tensión*, 1983.

⁴ *La estructura de las revoluciones científicas*, p. 3; en los últimos treinta años han perdido fuerza las afirmaciones de Kuhn acerca de que la peculiaridad de las ciencias sociales respecto de las ciencias naturales, consiste en la mayor relación de aquellas con la sociedad al elegir temas de investigación, *idem*, p. 254; ramas de la biología, la física y la química relacionadas con la salud y el medio ambiente están hoy, por ejemplo, tanto o más conectadas con las necesidades sociales que las ciencias sociales.

mente la evolución histórica de la ciencia, en nuestro caso, la ciencia de la historia.

En las pasadas décadas, el interés de Kuhn y de otros científicos por la historia no se ha correspondido con un interés recíproco de los historiadores por la historia de la ciencia y la filosofía de la ciencia. La razón reside en la separación vigente, a menudo teñida de animadversión, entre ciencias y letras,⁵ entre ciencias "duras" y ciencias sociales y humanas, debido a la cual pasó desapercibido el "ablandamiento" de las ciencias físicas. Cuando, excepcionalmente, ha existido una relación entre historia y ciencia estricta, ésta se ha establecido con la ciencia neopositivista —por ejemplo, para importar métodos cuantitativos—, pese a la hostilidad manifiesta de Popper hacia todo historicismo. Por lo demás, el espontáneo desinterés del historiador de oficio hacia la teoría viene a remachar este *décalage* entre investigación histórica o historiográfica y la filosofía de la ciencia, últimamente la rama más productiva de la filosofía.

La crisis de identidad y de crecimiento de la disciplina histórica en vigor, es la aplicación más urgente de la teoría de Kuhn sobre el desarrollo histórico de las ciencias.

2. Existe un paradigma común de los historiadores, hoy en plena crisis, cuya resolución plena no será posible más que con la sustitución por un paradigma nuevo

Entendemos por paradigma el conjunto de compromisos compartidos por una comunidad científica dada, los elementos teóricos, metodológicos y normativos (creencias y valores) que gozan en un momento dado del consenso de los especialistas. El funcionamiento de un paradigma común es consustancial con la existencia de una disciplina unificada, se justifican mutuamente, y ambos no excluyen la pluralidad de enfoques, incluso de escuelas, más bien lo contrario: nunca encontraremos plena homogeneidad teórica y metodológica entre los miembros de una comunidad establecida, ni tampoco es aconsejable en aras de la buena marcha de una disciplina científica. El concepto historiográfico de paradigma ha sido precisamente creado por Kuhn para explicar los mecanismos reales de aprendizaje y consenso, en el interior de cualquier comunidad madura de científicos, necesariamente más flexibles y abiertos que los propios de una escuela con su teoría, sus líderes y su jerarquía.

El reconocimiento del paradigma común de los historiadores del siglo XX, tropieza de entrada con dos problemas. La relativa rivalidad de las dos

⁵ Snow, *Dos culturas*, 1977.

grandes escuelas historiográficas, *Annales* e historiografía marxista,⁶ que han articulado —por vez primera— el paradigma común historiográfico a mediados del siglo XX, combatiendo exitosamente la historia tradicional: acontecimental, política, narrativa, biográfica. Y la persistencia de un tercer componente positivista, raramente admitido por los nuevos historiadores, que se refleja en el carácter manifiestamente empírico que ha seguido impregnando el oficio de historiador, con lo que tiene de positivo (crítica de fuentes) y de negativo (desprecio por la reflexión).

Con independencia del grado de conciencia que tenga tal o cual historiador, o del grado de aceptación de tal consenso por parte de esta o aquella escuela o historiografía nacional, el paradigma común de los historiadores, existe y funciona. Entre los compartidos paradigmas parciales que constituyen el ahora ya viejo paradigma general del siglo XX que conocemos como la historia científica, hay que contar con los siguientes: historia total, pasado/presente/futuro, historia-ciencias sociales, historia explicativa, historia económico-social, fuentes no narrativas, cuantitativismo, monografías regionales, multiplicidad de tiempos.

La puesta en práctica de este paradigma *Annales*-marxismo en la segunda mitad del siglo XX ha sufrido, no obstante, severas limitaciones y desviaciones a causa de sus propios defectos, y de la pervivencia del positivismo en el método y la teoría, cuyo objetivismo ha sido pronto reforzado por el economicismo marxista y por el estructuralismo; el paradigma estructuralista dominó ampliamente a las ciencias sociales, por lo menos hasta 1968.

Tres fracasos sucesivos e interrelacionados del paradigma común del siglo XX, han abierto y alimentado la crisis actual, y las reacciones puntuales de los historiadores a ella:

1) De la historia objetivista, economicista, cuantitativista, estructuralista, que da lugar en los años 70 a un progresivo retorno del sujeto, primero social (historiografía marxista anglosajona), después mental (historia francesa de las mentalidades) y por último tradicional (hiografía, historia política).

2) De la historia total, abandonada como enfoque de la investigación, proclamada como algo imposible de alcanzar pero que es necesario mantener como "horizonte utópico" de los historiadores, para renunciar después a ella en el plano de la teoría, al tiempo que —ya en los años 80— la historia se desarrolla exactamente en sentido contrario: fragmentándose hasta el infinito en temas, géneros y métodos.

⁶ La primera, de origen francés, se desarrolla precozmente (*Annales* se funda en 1929) y está constituida principalmente por historiadores medievalistas y modernistas; la segunda, de base anglosajona, madura mucho más tarde (*Past and Present* nace en 1952) y está formada sobre todo por historiadores contemporaneístas.

3) De la relación pasado/presente/futuro donde falló, por ejemplo, la sensibilidad del historiador hacia el feminismo, y hacia la relación hombre-medio ambiente, que para la nueva historia geográfica y económica se reducía al estudio del dominio de la naturaleza por medio del trabajo o de los condicionamientos geográficos de la sociedad. La hoy vigorosa historia de las mujeres (y lo mismo podemos decir de la historia ecológica) se desarrolló, por tanto, al margen de *Annales* y el materialismo histórico, sobre todo en sus comienzos, y contra los hábitos preteóricos de la persistente influencia positivista. Aunque donde la derrota de la historia, y del conjunto de las ciencias sociales, ha sido más notoria es en la incapacidad de comprender, y más aún de prever, las revoluciones de 1989-1991 y la transición del socialismo al capitalismo en el Este europeo, que han trastocado el sentido progresivo de la historia del siglo XX.

Éstas y otras anomalías, han impugnado el paradigma común de la historia como ciencia social, y provocan reacciones diversas, internas y externas, que están contribuyendo, directa e indirectamente, desde los años 70, a perfilar un nuevo consenso historiográfico. Proceso de gestación, y también de dispersión e incertidumbre, cuyo buen final no está para nada garantizado. Existe también la alternativa de la marginalidad: una historia cada vez más alejada de las ciencias sociales —y naturales— y más próximas a la ficción o el interés erudito de una excelsa minoría, una historia con dificultades crecientes para hacer ver su utilidad social y su papel en la educación y la investigación.

En el capítulo de las reacciones internas a la crisis del paradigma común, reseñaríamos como más llamativas los retornos de los géneros tradicionales (historia política, biografía histórica, historia-relato), que desde el periodo de entreguerras creíamos ajenos a la historia científica, la "historia historizante" que parecían haber derrotado Bloch, Febvre y Braudel; el conservadurismo academicista de varia orientación que quiere mantener el paradigma historiográfico del siglo XX, simulando que nada pasa o argumentando, defensivamente, que es mejor repetir indefinidamente el saber acumulado, la fragmentación y la nada; el revisionismo historiográfico que aprovechó la coyuntura ideológica de los años 80 para dar la vuelta a la historiografía de las revoluciones sociales de la modernidad (francesa e inglesa, sobre todo) y de las dictaduras implantadas en el periodo de entreguerras en Alemania, Italia y España.

Externamente, la ideología posmoderna está influyendo sobre manera en la historiografía actual. La crítica despiadada de la idea de progreso —base filosófica común del paradigma de los historiadores contemporáneos— y el "todo vale" metodológico anima a bastantes historiadores a instalarse, cómodamente en la fragmentación actual de la historia, considerando incompatible la presente libertad de temas, géneros, métodos y teorías con la vigencia de un "paradigma unificador". El carácter más



destrutivo que constructivo del posmodernismo frena sus efectos, y lo inutiliza como alternativa historiográfica.⁷

Los acontecimientos de 1989-1991 parecieron, en un primer momento, darle la razón a los predicadores del fin de los intentos modernos de transformar el mundo, en cierto sentido, para quitársela de inmediato con la paradójica vuelta al poder de los excomunistas en casi todos los países del Este mediante elecciones. Este rápido y contradictorio proceso se reprodujo con la proclamación del "final de la historia" que hizo en 1989, antes de la caída del muro de Berlín, Francis Fukuyama, asegurando que la modernidad había llegado a su destino con la generalización, como única alternativa, de la democracia liberal. La respuesta justamente airada de los historiadores de profesión a una propuesta que choca con nuestro conocimiento de la historia —y cuestiona asimismo la continuidad de nuestra profesión—, no ha de ocultarnos la mayor enseñanza del debate sobre el "final de la historia" (y que también es deducible de la crítica posmoderna): el agotamiento de la teoría progresiva de la historia, el concepto fatalista de una historia que avanza hacia un final previamente fijado.

3. Es una falsa alternativa decir que la historia como no puede ser una ciencia "objetiva" y "exacta", no es una ciencia

El lento redescubrimiento, durante los últimos veinte años, del papel del sujeto en la historia objetivista, economicista y estructuralista, sembró, una vez más, de dudas la profesión histórica acerca de la cientificidad de la historia como disciplina capaz de reproducir el pasado "tal como fue". La pervivencia de este concepto eminentemente positivista de la ciencia, y de la historia según Ranke, entre los historiadores de formación *annalista* y/o marxista está pues facilitando extraordinariamente el retroceso de la historia: bien hacia la literatura, exacerbando la subjetividad del historiador, bien hacia un nuevo presentismo sin pretensiones de cientificidad, que opone el compromiso social del historiador a su tarea como investigador.

Las dudas prácticas del historiador sobre la vieja objetividad, sus certezas sobre el relativismo del conocimiento histórico, que en realidad lo está acercando a la última filosofía de la ciencia, son paradójicamente percibidas en la comunidad de historiadores —impregnada del viejo positivismo— como un alejamiento de las ciencias naturales y como una

⁷ Denominar posmoderna a toda nueva historia es doblemente erróneo, olvida las implicaciones filosóficas últimas del posmodernismo, y la modernidad de la nueva historia, sea *annalista*, sea marxista.

vuelta a las humanidades clásicas, con lo que se hace tabla rasa de avances fundamentales de la historiografía del siglo XX. La contradicción se resuelve fácilmente —en teoría, porque es muy difícil trabajar guiados por conceptos relativos— reformulando la ciencia histórica de acuerdo con los últimos avances epistemológicos de las ciencias sociales y, sobre todo, de las ciencias naturales.

4. La redefinición de la historia como ciencia y la nueva física

El concepto de historia debe cambiar al mudar el concepto científico de la realidad. El siglo XX ha supuesto el fin de la mecánica newtoniana a manos de la física cuántica y de la teoría de la relatividad, sin embargo el objetivismo y el absolutismo de la vieja mecánica ha seguido condicionando largamente la joven ciencia histórica. El principio de indeterminación (Heisenberg), el principio de complementariedad (Born), la complejidad y el caos, reintroducen el sujeto en el resultado de la investigación y relativizan de tal manera la verdad científica que dejan en evidencia todas las prevenciones de los historiadores, y otros científicos sociales, hacia el peso de la subjetividad en sus obras. El acercamiento real entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales y humanas, ahora mucho más compatibles que a principios de siglo, ha sido por el momento más reconocido por los científicos “duros” (el éxito del objetivismo relativo de Kuhn se explica también por ello) que por los humanistas, quienes desde los tiempos del positivismo (Comte) buscaron y encontraron en las ciencias de la naturaleza una referencia epistemológica y metodológica científica segura.

A finales de siglo se impone un concepto de ciencia que pone fin a la separación positivista objeto/sujeto,⁸ ¿puede la historia permanecer ajena a esta revolución científica cuando su propia práctica la ha llevado a concluir que no existe una verdad absoluta al margen del observador actual y del sujeto histórico? La historia es, o puede ser, tan objetiva como la nueva física. La nueva ciencia con sujeto no es menos sino más científica que la vieja ciencia (objetivista) del positivismo. Roto hace ya tiempo el consenso historiográfico sobre una definición y una práctica objetivista de nuestra disciplina, sólo se podrá recomponer asimilando los historiadores la nueva racionalidad científica, de signo relativista y transdisciplinar, que va a caracterizar el siglo XXI. La reconstrucción del paradigma común de los historiadores, sin el cual la historia será incapaz de superar el desgajamiento actual y recobrar su papel en la sociedad,

⁸ Para algunos se trata de una revolución paradigmática más importante que la del siglo XVII, Morin. *Introducción*, 1994, p. 156.

requiere tomar nota de los cambios paradigmáticos en el conjunto de las ciencias sociales, y en la concepción general de la ciencia, dictada ayer como hoy por las ciencias de la naturaleza (prueba de que la ciencia no ha abandonado sus bases de partida materiales, realistas). Conforme la epistemología y la metodología de las ciencias “duras” y “blandas” se aproximan, los consensos paradigmáticos devienen más inclusivos.

5. La historia de la humanidad no avanza hacia una meta fijada de antemano, pero tampoco tiene vuelta atrás

El estudio del pasado, a partir de los problemas del presente, es un criterio compartido por los historiadores que justifica la utilidad social de la historia en la lucha de la humanidad por un futuro mejor. Esta idea ilustrada, ingenua y optimista, del progreso indefinido, según la cual, el desarrollo científico-técnico produce una sucesión de formas de sociedad cada vez más avanzadas, ha chocado primero con las guerras mundiales y los horrores políticos (Auschwitz), y más recientemente con una conciencia generalizada del deterioro irreversible del medio ambiente, y de la evidencia de que el bienestar económico sólo favorece a una minoría de países industrializados y condena al resto de la humanidad a la miseria. La religión laica del progreso indefinido ha sufrido su último golpe con la caída de los países del llamado socialismo real que pretendían construir una sociedad final comunista, y que ahora buscan en el régimen social prerevolucionario, en el capitalismo, la solución a sus problemas económicos y sociales, sin demasiado éxito por lo demás.

No existe una meta preestablecida de la historia de la humanidad como se creyó durante siglos (el juicio final de la historia providencialista, la democracia liberal de Hegel-Fukuyama, la sociedad sin clases de Marx), como no existe tampoco una verdad científica fija y permanente; tampoco está garantizado que la evolución social vaya de peor a mejor al desarrollarse la economía, la ciencia y la técnica. El sujeto de la historia es más libre, y el futuro está más abierto de lo que podíamos sospechar. Lo cual no quiere decir que el progreso se haya acabado, que la humanidad no deba plantearse objetivos —móviles—, que el proyecto de la modernidad haya llegado a su fin, sea porque ya se ha realizado plenamente (Fukuyama), sea porque nunca se va a llevar a cabo (posmodernismo), sea porque nos encaminamos hacia una sombría “Nueva Edad Media”.⁹

⁹ Minc, *Nueva*, 1994; el uso de la imagen peyorativa que sobre la Edad Media tenían renacentistas, humanistas e ilustrados, denuncia hasta que punto, pese a todo, seguimos pensando con los esquemas de la modernidad.

La historia nos ha enseñado que los sentimientos de confusión e incertidumbre acompañan a los periodos de transición, y que éstos rematan tarde o temprano con la implantación de nuevas realidades (y de nuevos paradigmas). Por otro lado, el único progreso histórico que ha existido es el progreso relativo: ni absoluto ni lineal ni inexorable; medido desde el presente y no desde el futuro. Un futuro, pues, abierto a diversas alternativas. Y un pasado que nunca vuelve. Una nueva idea racional —no teleológica— del progreso que seguirá incluyendo rupturas y revoluciones —políticas y sociales, culturales y científicas— y que coloca al sujeto en el centro de la historia.

6. Sin el sujeto, del pasado y del presente, no es posible una historia objetiva

La redefinición de la verdad científica que, incluyendo al sujeto observador, realiza la función del historiador en el proceso de la investigación histórica, viene a darle la razón a determinados paradigmas historiográficos del siglo XX, como la historia-problema de *Annales* o la función clave de la teoría en el materialismo histórico, cuya aplicación ha resultado obstaculizada por la pervivencia del positivismo entre los historiadores. El nuevo concepto de objetividad relativa va epistemológicamente incluso más allá, que la vieja historia explicativa, al restaurar el sujeto fuerte como fuente de objetividad (la comunidad científica de Kuhn como factor definitorio de lo que es o no es objetivo), al fundir objeto y sujeto, postulando que no tienen una vida separada. Corresponde científicamente al historiador, individual y colectivo, trabajar con los datos para explicar e interpretar, para buscar la causa y el sentido de los hechos históricos, para construir teóricamente su objeto e investigar empíricamente, como vienen haciendo los científicos “duros” y muchos científicos sociales. La continuidad de los malos hábitos del positivismo —que hace desaparecer ilusoriamente al sujeto-observador— contradice la recuperación de la cientificidad de la historia como disciplina, la práctica historiográfica vigente y las aportaciones más audaces e inéditas de los fundadores del paradigma historiográfico del siglo XX.

La derivación de la escritura de la historia desde los años 70 hacia una historia del sujeto mental, antropológico, cultural, y más recientemente hacia una historia del sujeto individual, ha hecho olvidar el sujeto colectivo, social, de la historiografía marxista anglosajona, relegado en la investigación histórica¹⁰ a causa de la depresión ideológica posterior a

¹⁰ El desinterés por los conflictos, las revueltas y las revoluciones, ha sido mayor entre los historiadores medievalistas y modernistas, que entre los historiadores contemporaneístas.

1968 primero, y de la "ola conservadora" de los años 80 después, hasta que fue rescatado para el debate historiográfico por los revisionistas, desde un punto de vista contrario, y por la historia inmediata. Es, de nuevo, 1989 la fecha clave, el año del Bicentenario de la Revolución Francesa y de las revoluciones en el Este.

El retorno de la revolución y del protagonismo político de las masas en Europa oriental entre 1989 y 1991, vivido en directo a través de la televisión en todo el mundo, es el retorno del sujeto fuerte de la historia que la historiografía del viejo paradigma, sea *annaliste* sea marxista, había finalmente dejado de lado, al compás de la coyuntura intelectual, fiel a una historia económico-social estructural o a una historia de las mentalidades (y sucesores) ajena a la historia social¹¹.

La emergencia conjunta del sujeto fuerte de la nueva epistemología científica y del sujeto fuerte de la historia reciente, no es casual, nos avisa de que estamos entrando en el pos-posmodernismo, anuncia las precondiciones para una nueva ilustración. ¿Qué conecta la revalorización colectiva del investigador, de una parte, y del agente histórico, por la otra? La respuesta está en otro punto incumplido del programa *annaliste-marxista*, la historia humana de Bloch y de Gramsci, los hombres haciendo y decidiendo su propia historia, tanto la historia de la ciencia como la historia de los hechos.

Contemplar el sujeto y el objeto de la historia como una misma realidad, es un principio fácil de enunciar pero muy difícil de aplicar, según los esquemas metodológicos y ontológicos heredados. Todo un reto para los historiadores del futuro.

7. De la determinación económica simple a la determinación global y compleja, concreta y revisable, de los hechos históricos

El paradigma objetivista y estructural en activo —según Kuhn, ningún paradigma deja de estar vigente hasta que es plenamente sustituido— ha primado el determinismo de la economía, y aun de la geografía, cuando se trata de explicar los hechos históricos, en detrimento de la causalidad subjetiva de la lucha social, orillando otras dimensiones que condicionan asimismo la realidad pasada, como la mentalidad y la cultura, la política y el poder, los individuos y las instituciones; determinaciones con las que el historiador se encuentra todos los días en sus investigaciones.

¹¹ Carlos Barros, "Historia de las mentalidades, historia social", Bilbao, 1993, pp. 111, 139; "Historia", Salamanca, 1993, pp. 49-67; "Contribución", Vitoria, 1993, pp. 87-118.

La reacción subjetivista contra la prioridad de la historia económica, infraestructural, ha llevado —aunque no siempre—,¹² siguiendo la ley del péndulo, a subrayar la indeterminación de los acontecimientos históricos. La historia sería así el reino de la contingencia absoluta: un sujeto sin objeto. Así, en un primer momento la historiografía se desinteresó por la investigación de las causas y las explicaciones, más adelante negó la posibilidad de conocerlas, al tiempo que volvían los enfoques más tradicionales de la historia y se renovaba otra idea de origen neopositivista: la imposibilidad de aprehender la realidad más allá del discurso (el “giro lingüístico” en su versión más radical).

Nuestra propuesta es superar la polémica determinación/indeterminación llevando a cabo un análisis concreto de cada situación histórica concreta con el fin de averiguar, sin rígidas posiciones previas, el grado posible de determinación de un hecho histórico que, como sabemos, depende de las fuentes conservadas, los métodos de investigación, los conocimientos no basados en fuentes y las hipótesis que utilice el historiador. El resultado es obviamente revisable a medida que los factores subjetivos de la investigación varían.

La búsqueda prioritaria de las causas de la historia en su base material se ha revelado como un enfoque claramente insuficiente, y en ocasiones erróneo. Toda metodología no reduccionista ha de perseguir, pues, la determinación global de los hechos históricos, más allá de los esquemas simplificadores y separadores (objeto/sujeto, base/superestructura, economía/política/cultura) propios del impugnado paradigma objetivista, economicista y estructuralista. La investigación específica nos dirá en cada caso el grado de complejidad de la combinación de las determinaciones.

La realidad histórica suele ser más compleja que nuestras metáforas mecánicas, la imposición de éstas nos aleja en consecuencia del objeto de estudio; cierto, pero no siempre es así, los esquemas simples pueden hacer plausible en algunos casos una descripción, incluso una explicación, toda vez que la complejidad incluye la simplicidad¹³. Así es como mantiene cierta vigencia la determinación económica de la realidad social, política y cultural, mil veces demostrada por la historia y otras ciencias sociales en investigaciones concretas. El problema a resolver, en cada caso, es cómo articular globalmente la economía con las restantes dimensiones, que, además de estar en interacción con ella, viven en su

¹² Otros colegas, deudores todavía del viejo esquema simplificador, proponen reemplazar la historia económica por la historia política, o por la historia cultural, como factores principalmente determinantes de la historia.

¹³ Un ejemplo es la mecánica newtoniana, todavía útil entre la microfísica y la macrofísica.

interior: la política y la mentalidad también forman parte de la vida económica y material, y viceversa, de ahí la constante incapacidad de la metáfora rígida del edificio de tres plantas (economía/política/cultura¹⁴) para comprender cabalmente, y para describir correctamente, la mayor parte de las veces, el mundo pasado. La determinación económica es también, normalmente, una determinación global y compleja.

8. Lo que decide que un tema de investigación o un género historiográfico sea válido o no, es la aportación de los historiadores: los problemas planteados, los métodos aplicados, los resultados obtenidos

El paradigma objetivista atribuyó al objeto, al tema de investigación, una función excesiva en la legitimación de la cientificidad o de la utilidad social de una obra de historia. Las grandes innovaciones historiográficas del siglo XX, fueron, en primer lugar, innovaciones temáticas. En cada época historiográfica se privilegió una forma de historia. A la historia política siguió la historia económica-social, y a ésta la historia desde el sujeto (mentalidades, antropología histórica, nueva historia cultural), cerrándose el círculo, y el siglo, con la vuelta de la historia política (en bastantes casos con nuevos enfoques). En general se han obtenido buenos resultados en cada uno de estos géneros temáticos de la historia, bajo la influencia de las correspondientes ciencias sociales: ciencia política, psicología, antropología, sociología, economía, etc. Ya no vale primar o descalificar a priori, sin antes analizar los problemas planteados, los métodos aplicados y los resultados obtenidos, un tema o un género historiográfico.¹⁵ La mayor parte de los campos historiográficos que en este fin de siglo, a modo de recapitulación y resumen, están encima de la mesa del historiador, han obtenido ya su carta de naturaleza en el mundo de la historia profesional.

Esta amplitud de objetos, sin precedentes, es una conquista irreversible de la historiografía contemporánea. El ensanchamiento del tipo de fuentes utilizadas (de la documentación escrita a "todos los documentos", según la expresión de Febvre), fue seguido por tal alargamiento del territorio temático del historiador, que se hace ahora difícil descubrir nuevas parcelas historiográficas, y, si bien el presente —y el futuro— van a continuar sugiriendo nuevas materias de estudio, debemos concluir que

¹⁴ Este sistema tripartito, surgido del desdoblamiento de la superestructura del sistema bipartito base/superestructura, tiene variantes: economía/sociedad/cultura/economía/sociedad/política...

¹⁵ Samuel, *Historia*, 1984, p. 64.

el centro de gravedad de la renovación historiográfica se está desplazando hacia enfoques más metodológicos y teóricos.

El primer problema teórico a resolver con espíritu innovador es, justamente, el de la fragmentación de la historia en múltiples objetos¹⁶ desconectados entre sí. La incapacidad de la historiografía del siglo XX para ofrecer una explicación de conjunto, unitaria, del pasado de los hombres, ha quedado patente precisamente donde sus avances son más manifiestos: la diversificación temática. La paradoja está en que bajo la variedad en aumento de especialidades y subespecialidades, subyace de alguna forma la búsqueda de una historia total (entendida como horizonte utópico), la idea de que hay que estudiarlo "todo"; el precio pagado fue quedarnos sin lo fundamental: una investigación global de la historia de los hechos, periodos temporales o civilizaciones del pasado.

9. De la necesaria pluralidad de la innovación metodológica

El nuevo paradigma historiográfico está obligado a ser más global y transnacional que el anterior. Una mayor interrelación entre cultivadores de distintos tipos de historia, y entre historiografías nacionales, acabaría con ese prejuicio académico de descalificar aquellas vías de renovación historiográfica ajenas a la propia. No se trata solamente de predicar la tolerancia, virtud intelectual cuya ausencia tendría que encender todas las señales de alarma, la cuestión es que la pluralidad innovadora en el método es, en este momento, imprescindible para la recomposición del paradigma común de los historiadores, y para avanzar de nuevo, desde las múltiples variedades historiográficas, hacia un terreno común, única forma de conseguir que la disciplina reconstruya plenamente sus señas de identidad unitarias.

En tiempos de la hegemonía objetivista, la metodología cuantitavista venía siendo el paradigma de la exactitud¹⁷ y de la cientificidad; ahora mismo, el retorno de los métodos cualitativos corre el peligro de llevarnos al otro extremo del péndulo; lo más avanzado sería, desde luego, una combinación de métodos cualitativos y cuantitativos si el tema, las preguntas y las fuentes, lo exigen y/o lo facilitan.

¹⁶ Los grandes géneros historiográficos citados (historia económica, social, mental, política) son a su vez divisibles, y aún habría que añadir otros como la historia del género, del medio ambiente o de la sexualidad; la transición historiográfica en la que estamos inmersos, el declive del viejo paradigma común y de las escuelas anexas, ha disparado todavía más la dinámica de dispersión.

¹⁷ Hay un cierto malentendido, porque la historia cuantitativa incorpora la incertidumbre al trabajar con series de las que, tratadas estadísticamente, sólo se pueden inferir conclusiones probables.



El método cualitativo por excelencia de los historiadores, es la narración. Denostada como paradigma de una historia tradicional tachada de superficial, descriptiva y “acontecimental”, por la nueva historia *annaliste-marxista*, la historia narrativa vuelve a mediados de los años 70 como índice de la crisis de la historia científica (Stone), siendo posteriormente asimilada por ésta a marchas forzadas. Autores representativos como Georges Lefebvre y Jerzy Topolsky han defendido, hace tiempo ya, una historia-relato explicativa,¹⁸ más allá de la infrahistoria vulgarizadora, y filósofos como Paul Ricoeur han argumentado, en la misma dirección, que toda historia es relato, incluido el *Mediterráneo* de Fernand Braudel, obra tenida como paradigma de la macrohistoria estructural de larga duración.

La verdad es que, prejuicios aparte, todos los historiadores empleamos de algún modo el relato, la conexión narrativa, para dar forma a nuestras investigaciones; a menudo las conclusiones no adoptan la forma final hasta el momento de la redacción. La buena o mala historia, tanto si nos referimos a la calidad como la orientación, depende más del fondo que de la forma: es posible una historia narrativa no positivista, global y socialmente útil. No necesariamente una forma narrativa conlleva un trasfondo de historia conservadora.

Una de las últimas vías de renovación historiográfica del paradigma objetivista, economicista y estructural, que no renuncia a explicar el pasado humano ni al relato histórico, está en la reducción de la escala de observación: la microhistoria (algo muy distinto que la vieja historia local). Pero, al mismo tiempo, mediante la historia comparada —antiguo proyecto crítico alentado por Bloch, que no llegó a formar parte del paradigma común de la posguerra—, se nos propone otra manera de hacer la macrohistoria. La conexión entre la microhistoria y una macrohistoria renovada, está por hacer, así como, en general, las investigaciones históricas verdaderamente globales (más allá de la caricatura mecanicista de los tres niveles). El cambio de escala, micro/macro, la articulación de los espacios (y de los tiempos), pueden ser excelentes caminos para la globalización metodológica y teórica de la historia, para la rectificación de uno de los aspectos más negativos de la rica —por complementaria— evolución de la historiografía finisecular: la fragmentación de objetos y de métodos.

¹⁸ No es casual que el concepto de la historia utilizado por Kuhn para revolucionar la filosofía de la ciencia sea narrativo-explicativo, véase “Relaciones” 1983, pp. 32-33, 39.

10. El éxito del nuevo paradigma dependerá de su capacidad para generar y aplicar estrategias globales de investigación

La mayor anomalía con que se ha topado el consenso historiográfico del siglo XX, es la imposibilidad de llevar a la práctica el principio de historia total. Citada ritualmente por los historiadores, se ha ido convirtiendo en el paradigma compartido más abstracto: según se ha alejado de la práctica historiográfica, la historia total ha devenido más absoluta e inalcanzable, más idealista en suma. Cortar este círculo vicioso es condición sine qua non para salir definitivamente de la actual crisis de crecimiento y desgregación de la historia.

Cada vez sabemos más de menos cosas. Esta tendencia general del conocimiento científico, junto con el fracaso de la historia total, ha encauzado la creatividad de los historiadores hacia una creciente especialización. Aunque, últimamente, emerge con gran fuerza la tendencia contraria, hacia una convergencia disciplinar y global (la investigación por parte de filósofos y físicos de una teoría unificada de las fuerzas físicas, es un notorio ejemplo), que también se hace sentir en la historia profesional. Muchas de las aportaciones recientes más novedosas son, si nos fijamos bien, fruto del mestizaje de géneros y metodologías.¹⁹ El contexto actual de transición paradigmática nos ofrece, simultáneamente, el problema y la solución.

Se trata de dar la vuelta a la historia total, poniéndola sobre sus pies, transformando su contenido (y tal vez su nombre). Hay que llevar este viejo concepto paradigmático de lo absoluto a lo relativo, de la idea a la práctica, de la teoría a la metodología, de la certeza a la experimentación, del punto de llegada al punto de partida de la investigación; para lo cual es preciso promover síntesis de géneros historiográficos, convergencias de líneas de trabajo, aproximaciones globales, enfoques de conjunto, es decir, estrategias globales de investigación. Todo aquello que el fracasado paradigma compartido de la historia total ni ha impulsado ni ha permitido a lo largo del siglo XX, salvo valiosos ejemplos que quedaron aislados, y que nunca fueron más allá que aproximaciones globales.

En este grandioso archipiélago en que se ha ido convirtiendo la historia del siglo XX, lo que faltan son puentes, vías de comunicación, y otras conexiones interhistóricas, que hagan posible juntar islas para hacer continentes historiográficos, que nos hagan olvidar la espera pasiva del advenimiento de una historia total sacralizada. La secularización, relativización y puesta en práctica de una nueva noción de historia global, implicará un esfuerzo continuado de renovación historiográfica, que ha

¹⁹ Por ejemplo, la fusión de la historia social con subdisciplinas "superestructurales" como la historia de las mentalidades, la historia cultural, la historia política.

de atravesar la superespecialización académica. Sobre la base de una experiencia colectiva de aproximaciones globales al estudio del pasado humano, es menester reconstruir teóricamente un concepto de "totalidad" histórica liberado de toda carcasa kantiana, y de las divisiones, positivistas y mecanicistas, del tipo objeto/sujeto o infra/supraestructura, un concepto renovado y adecuado, por tanto, al nuevo paradigma científico general, más relativo ergo más verdadero.

La historia como disciplina científica no puede permitirse el lujo de renunciar a la comprensión global del pasado. El papel de la historia en la sociedad, en la educación y en la investigación, es inversamente proporcional a su desmigajamiento disciplinar. Una piedra de toque del nuevo paradigma historiográfico será, en consecuencia, su capacidad para generar y aplicar estrategias globales de investigación, y de divulgación, de los hechos de la historia.

11. Para reforzar la cooperación de la historia con otras ciencias, es preciso avanzar en su unificación interna como ciencia de los hombres en el tiempo

No se puede prescindir de la interdisciplinariedad para discernir la potencia innovadora del paradigma historiográfico del siglo XX. De la geografía, la economía, la demografía, la sociología, la antropología, la psicología, la ciencia política, han salido muchos de los temas y métodos que han aplicado con éxito los nuevos historiadores de *Annales* y del marxismo occidental, sin por ello dejar de moverse en un territorio historiográfico común. Y algo parecido se podrían decir de las citadas disciplinas, que han acudido a la historia para aprehender su dimensión temporal, engendrando subdisciplinas mixtas, a menudo con investigadores de doble procedencia: geografía histórica, historia económica, demografía histórica, sociología histórica, antropología histórica, psicología histórica,²⁰ nueva historia política. La necesidad que hemos planteado, al inicio de este ensayo historiográfico, de que los historiadores vayan al encuentro de la historia/filosofía de la ciencia, prueba que tampoco en el terreno de la epistemología histórica, y de la relación con las ciencias físicas,²¹ la historia puede prescindir del diálogo inter y transdisciplinar, más bien ha de intensificarlo como un signo de los tiempos, al igual que las restantes ciencias naturales y sociales.

²⁰ Historia de las mentalidades en Francia, psicohistoria en Estados Unidos.

²¹ Verbigracia, la historia ecológica que precisa de los conocimientos que la física y la biología proporcionan al estudio del medio ambiente.

Mantener e incrementar la cooperación de la historia con las ciencias sociales (y naturales) es, por consiguiente, inexcusable, para luchar contra la marginación de la historia como disciplina académica y social. Los rápidos cambios de denominación, de lo interdisciplinar (cooperación) a lo pluridisciplinar (convergencia), de lo pluridisciplinar a lo transdisciplinar (atravesar y transcender), ponen en evidencia una actividad científica que busca independizarse de los clásicos compartimientos académicos, sin por ello caer en la vieja ilusión positivista de una "ciencia unificada".

La historia no es insensible al clima transdisciplinar, consecuencia directa del auge finisecular del conocimiento científico, puro y aplicado. Así, la revista *Annales* elige como eje de su *tournant critique* (1989) la alianza renovada de la historia con las ciencias sociales, y recompone su comité de dirección, que adquiere así el perfil multidisciplinar que tuvo en sus orígenes, incorporando un grupo de jóvenes no historiadores. La nueva licenciatura de humanidades en España ilustra, en el terreno de la educación universitaria, esta propensión general al reencuentro de las disciplinas, contrapunto de las tendencias centrífugas de los años 80, que todavía siguen actuando en el interior de cada disciplina.

En los años 80, la coincidencia de la dispersión, y del decaimiento, del paradigma historiográfico del siglo XX, con un incremento de la colaboración con las disciplinas vecinas, generó en algunos historiadores una reacción contra el peligro de la dilución de la historia en otras ciencias sociales, que condujo a los más radicales a rechazar la interdisciplinariedad, e incluso la definición de la historia como ciencia. El intercambio desigual historia-ciencias sociales no se resuelve, sin embargo, con la involución de la historia, retrocediendo a una historia preparadigmática de corte tradicional; se resuelve atacando la raíz del problema. La historia es débil frente a otras disciplinas, porque éstas han estado y están más preocupadas por la teoría (la sociología, la antropología o la crítica literaria), y ello les ha permitido actuar de modo "imperialista" en el interior del sistema de las ciencias sociales y humanas, exportando métodos y conceptos, problemas y teorías, con intenciones asimiladoras. Este problema de la historia es tan antiguo como la disciplina, y sólo tiene una solución: que los historiadores desarrollemos las consecuencias teóricas y metodológicas de las investigaciones históricas, con los ojos puestos en el conjunto de problemas que tienen las ciencias y la sociedad actuales. Es tan sencillo como dejar de centrar la crítica en los demás (en sus teorías) y ser más autocríticos (desarrollando nuestras propias reflexiones). Hemos llegado a tal extremo que la interdisciplinariedad que venimos practicando ya no podrá avanzar más,²² si antes la historia

²² Más bien puede retroceder, al perder el principio de interdisciplinariedad consenso como componente del paradigma común de los historiadores.

profesional no recobra un mínimo de unidad interna y de globalidad en su quehacer.

Nada hace más vulnerable a la historia en el conjunto de las ciencias que su fragmentación interna. La interdisciplinariedad bien entendida habría de empezar, pues, por nosotros mismos. Una aportación mayor de la historia a las ciencias sociales y humanas con las que colabora habitualmente —especialmente, en las investigaciones de vanguardia—, requeriría un reencuentro de las múltiples subdisciplinas históricas (de origen académico, temático y/o metodológico) en un terreno común, dicho con otras palabras, una recomposición del paradigma común de los historiadores que no oponga la imprescindible cooperación y convergencia con las ciencias sociales con la, si cabe más urgente, cooperación y convergencia entre las ramas sucesivamente desgajadas de la historia. Esta suerte de interhistoria que propugnamos, en el marco de la colaboración interdisciplinar historia-ciencias sociales, entraña una mayor preocupación de los historiadores, de todos los campos, por la metodología histórica, por la historiografía, por la teoría de la historia, en definitiva, por el acervo común de la historia. Las demandas crecientes de interdisciplinariedad solamente pueden ser satisfechas por una disciplina histórica consciente de su unidad y de su irreductible singularidad.

12. El futuro de la historia está condicionado por lo que se preocupe la historia por el futuro

Siguiendo a la Ilustración que confiaba en la razón para cambiar el mundo, y conseguir de esta manera el bienestar de la humanidad, la historiografía predominante en el siglo XX se autodesignó como objetivo: estudiar el pasado a fin de comprender el presente, y de construir un futuro mejor. El materialismo histórico insistió más en la contribución de la historia a un proyecto de transformación social, de cara a un futuro que se sabía socialista, y la escuela de *Annales* puso más el acento en la conexión epistemológica pasado-presente (comprender el presente por el pasado, y comprender el pasado por el presente), participando todos de la creencia general en la utilidad social de la nueva ciencia histórica.

La línea de progreso con que los miembros de la comunidad historiográfica, y en general los científicos sociales, unían el pasado con el presente y el futuro, se ha roto, sobre todo con los hechos de 1989, al iniciarse las transiciones europeo-orientales del socialismo real al capitalismo, al entrar en una crisis conjunta todas las vías de progreso histórico-social de origen ilustrado, previamente socavadas por los nocivos efectos que éstas causaron, a lo largo del siglo XX, en la supervivencia de la especie y de la naturaleza.

En la medida en que la evolución progresiva hacia la felicidad humana no está garantizada, la historia pierde interés público. Se empuja de este modo a los historiadores a los márgenes de la sociedad; pronto se pueden volver actuales las críticas, de los artífices de la revolución historiográfica del siglo XX, a los historiadores "antiguarios", ajenos a la vida y a la actualidad (Bloch). El desencanto hacia el presente conduce a buscar refugio en el pasado, de dos maneras: la ficción, desde el punto de vista del público (auge de la novela histórica), y la academia, desde el punto de vista de los investigadores (erudición). Para ambos viajes, se quiere "librar" a la historia de la carga que supone su definición como ciencia preocupada —al igual que las restantes ciencias de la sociedad y de la naturaleza— por el presente y por el porvenir de los hombres.

Pero mientras el posmodernismo ambiental conduce a los historiadores a la subalternidad, en los debates intelectuales que tratan de sacar conclusiones de los hechos traumáticos de 1989,²³ se usan profusamente los datos de la historia, y de la filosofía de la historia, para arrojar luz y polémica sobre el confuso futuro de la humanidad. Es el caso de las controversias mundiales iniciadas por Francis Fukuyama en *The end of history?* (verano de 1989), y por Samuel P. Huntington en *The clash of civilizations* (1993); el segundo ha desmentido la finalista "paz capitalista y liberal" del primero, augurando una inminente guerra mundial de los fundamentalismos religiosos. No siempre son ensayistas —filósofos políticos en los casos citados— quienes acuden a la historia para intervenir en el futuro más inmediato, también lo hicieron historiadores como Paul Kennedy que, en *The rise and fall of great powers* (1987), dedicó siete capítulos a analizar, durante cinco siglos, el auge y la caída de las potencias nacionales de cada época, para concluir con un capítulo, titulado "Hacia el siglo XXI", donde sugiere las "perspectivas más probables" de evolución de cada gobierno y del sistema de las grandes potencias en su conjunto.

Nos encontramos con referencias al pasado y con análisis históricos que pretenden incidir en el presente... a través del futuro, que es lo que realmente inquieta a los hombres de hoy. Se tiende consiguientemente a sustituir el viejo paradigma pasado/presente/futuro por otra formulación, pasado/futuro/presente, en la que pasa a primer plano aquello que está por venir. Frente al nuevo presentismo que nada quiere saber del futuro y que inmoviliza lo que ahora tenemos, frente a las incertidumbres sobre el mundo que nos aguarda a la vuelta del milenio, el intelectual diligente —el optimismo de la inteligencia— rastrea perspectivas alternativas echan-

²³ Focalizados más en Estados Unidos que en Europa, donde quizás no hemos superado aún la etapa "destruccionista", nihilista, iniciada en los años 70 y acelerada la década posterior.

do mano del pasado, de los conocimientos que tenemos sobre la evolución —o involución— histórica de las sociedades y de las mentalidades.

Antes decíamos que la historia nos tiene que ayudar a vivir mejor, a transformar la sociedad, a emanciparnos en una palabra de un presente ominoso, pero hoy han variado dramáticamente los términos del problema, en especial para las nuevas generaciones: lo más abominable no es ya el presente sino la falta de futuro, de cualquier futuro. Se sabe que el desarrollo científico-técnico seguirá medrando hasta dominar todo el globo, pero también se sabe que de sus ventajas, en Occidente, está excluido el llamado cuarto mundo y masas crecientes de jóvenes —muchos de ellos con formación universitaria, cada vez más— que no tendrán jamás acceso al trabajo; en el sur, los excluidos son países enteros abocados al hambre y la superpoblación; y, por doquier, la naturaleza se rebela contra el galopante dominio productivista, cuestionando el sentido de un desarrollo científico-técnico que, una y otra vez, entra en contradicción con los intereses humanos.

Es tarea de la historia hoy demostrar que siempre hubo futuros plurales; que nada es seguro, todo cambia, a veces sorprendentemente; que la humanidad en varios milenios ha resuelto históricamente problemas tanto o más difíciles —y con menos medios— que los que ahora tenemos encima de la mesa. Hay pues futuro, porque hay historia. Además, son futuros alternativos. Hay esperanza porque hay historia. Claro que para hacerlo comprender a los demás, debemos antes convencernos nosotros mismos, abandonando el objetivismo mecanicista, con su secuela de fatalismo y conformismo, para encaminarnos hacia un sujeto histórico más libre, y por lo tanto más fuerte, en el pasado y en el presente.

Pensar históricamente el futuro, es desde luego transformar el presente empezando por impedir que se repitan los grandes errores del siglo XX: el fascismo, que rebrota en Italia, y el racismo, en ascenso *par tout*; el socialismo sin libertad, que se hundió catastróficamente en 1989-1991; el tribalismo, el nacionalismo y el fundamentalismo religioso, cuyos mitos e irracionalidades el historiador tiene la obligación de combatir, y que están en el origen de muchas de las guerras que hoy amenazan la paz mundial. Se demanda un nuevo racionalismo, una nueva Ilustración que nos permita seguir progresando, y la historia y los historiadores no podemos permanecer al margen de esta demanda intelectual y social.

Cuando, después de la segunda guerra mundial, se instituyó el paradigma historiográfico de la historia, no era tan necesaria, como lo es hoy, su defensa frente a las disciplinas científico-técnicas que, en diferente grado y ritmo —según cada país—, desplazan a los saberes históricos y humanísticos de la enseñanza y de la investigación; está en sus inicios un alarmante proceso de desprofesionalización de la historia. De manera que el primer compromiso del historiador preocupado por el futuro, es la

inquietud por su propia disciplina: es menester volver a demostrar la utilidad crítica y social de la historia. Para hacer frente al pensamiento tecnocrático, filosóficamente desfasado, pero políticamente más activo que nunca, hay que distinguir la historia-ciencia de la historia-ficción, y guerrear por la recuperación de la presencia de la historia en el sistema educativo y en los medios sociales de comunicación. La aldea global que viene, sin la historia y las ciencias humanas, será el futuro de las cosas pero jamás el futuro de los hombres.

13. El historiador del futuro reflexionará sobre la metodología, la historiografía y la teoría de la historia, o no será

Estuvo muy generalizado, desde la epistemología (Piaget, Habermas), la sociología (Durkheim) o el estructuralismo, considerar a la historia como una disciplina no teórica, simple proveedora de datos empíricos para las ciencias sociales y la filosofía. División del trabajo que, aunque nos duela decirlo, el historiador suele aceptar de buen grado, alentado por una tradición empirista de larga duración.

Pese a los esfuerzos del materialismo histórico, y de *Annales*, la historiografía contemporánea siguió siendo positivista en un punto central: el desprecio sincero por la teoría, y en menor medida por la historiografía y la metodología, actividades tenidas por secundarias, y se puede decir que casi inexistentes, en la obra de bastantes de los historiadores "consagrados". La comparación no llegó a practicarse (hasta que la sociología histórica la retomó); la historia-problema se abandonó en favor de la innovación temática y la colaboración interdisciplinar; la elaboración teórica estuvo prácticamente ausente. Sólo algunos filósofos se han venido preocupando por la teoría de la historia, por lo general sin considerar las aportaciones de los historiadores, sin relacionar la teoría de la historia con la práctica de la historia, contribuyendo así al diálogo de sordos entre la filosofía y la historia.

Las consecuencias del inductismo y del pragmatismo de los historiadores, de la falta de reflexión sobre la historia que se hace, de la ausencia de debate sobre sus métodos, sus hipótesis y sus interpretaciones, las hemos visto ya: fragmentación de temas, métodos y especialidades; retraso y dependencia respecto de otras ciencias sociales; desconexión de una sociedad a la que deberíamos estar ofreciendo, desde la historia, ideas, propuestas, perspectivas a sus problemas.

Este Congreso Internacional "La historia a debate", es, no obstante, un vivo ejemplo de que algo está cambiando. El interés de los historiadores por la metodología, la historiografía y la teoría de la historia, crece en este complicado fin de siglo. Tal vez porque "conforme crece la ciencia,

disminuye el poder de la evidencia empírica”,²⁴ y aumentan unos interrogantes que ninguna otra disciplina, por muy avanzada que esté, nos puede resolver, porque son específicos de la historia. Una historia profesional que, en todo caso, aborda con más facilidad la reflexión sobre el método, o sobre la historia de la historia, que la fabricación y el empleo de hipótesis y de tesis, de síntesis y de generalizaciones, en las investigaciones, a causa sin duda de la formación heredada y del fracaso parcial del paradigma marxismo-*Annales*, ambas cuestiones muy entrelazadas. Sólo la introducción de asignaturas de metodología, historiografía y teoría de la historia,²⁵ desde los primeros cursos de las licenciaturas de historia, para acostumar a los futuros historiadores a la reflexión sobre su manera, permitirá equiparar a la historia al resto de las ciencias.

La disyuntiva del historiador del futuro, es: o dedicar una parte del tiempo²⁶ de trabajo a conocer y producir obras de metodología, de historiografía y de teoría histórica,²⁷ en competencia (y colaboración) con las disciplinas vecinas; o sucumbir definitivamente a cierta marginalidad en el seno de la ciencia y la sociedad.

Que sea difícil para el historiador alternar el trabajo empírico con el trabajo teórico, no quiere decir que sea una cosa del otro mundo: la mayor parte de las ciencias sociales y humanas²⁸ vienen practicando desde hace mucho tiempo esta combinación teoría/práctica. Agotada en buena medida la innovación temática, a la historia le queda, entonces, la metodología, la historiografía y sobre todo la teoría, continente persistentemente ignorado, para seguir progresando y para cumplir con sus responsabilidades científicas y sociales.

Una mayor reflexión sobre lo que hace el historiador redundará en un alza del nivel de la investigación histórica, en una mayor comprensión global del pasado y de las estrategias de investigación, en una mejor interrelación con las restantes ciencias (intercambio igual), en un incremento de la contribución directa de los historiadores a la teoría de la historia (y por consiguiente de la sociedad) que demandan los acontecimientos del siglo XX y los interrogantes del siglo XXI. Solía decirse que si un historiador hacía teoría dejaba de serlo. Si no se desmiente este lugar común, la historia nunca superará la subalternidad respecto de otras

²⁴ Lakatos, “Metodología”, 1983, p. 33.

²⁵ En España, en los nuevos planes de estudio, ha comenzado a hacerse, pero no en lo relativo a la teoría de la historia, que sigue considerándose más tarea de filósofos que de historiadores.

²⁶ Por supuesto que, como en cualquiera otra disciplina científica, una parte sustancial del trabajo está y estará relacionada con las fuentes y los datos.

²⁷ El que vayan juntos —método, historiografía y teoría—, es una garantía frente a las recaídas empiristas, y a las huidas hacia adelante del teorismo abstracto.

²⁸ Pensemos en la lingüística de Saussure, base de la teoría estructuralista.

ciencias sociales, no sobrevivirá el siglo XX como disciplina científica tal como la hemos conocido, sobre todo tal como la hemos querido.

14. Por una historia continuamente a debate

De entrada, el debate no es un uso académico. Los nuevos historiadores, *annalistes* y también marxistas, han reproducido el sistema vertical de la tradición universitaria que trasmite el saber jerárquicamente; las lecturas de las tesis doctorales son un buen ejemplo de lo que queremos decir. Sin embargo, en sus orígenes revolucionarios, *Annales* predicaba que el debate y la heterodoxia era consustancial con la definición científica de la historia "en el origen de toda adquisición científica existe el inconformismo. Los progresos de la ciencia son fruto de la discordia. De la misma manera que las religiones se refuerzan con la herejía de que se alimentan".²⁹ Es preciso recuperar este espíritu inconformista, crítico, resucitando la historia-debate, para salir de la crisis finisecular de la historia, y también para después de ello, alimentar el nuevo paradigma común, aprendiendo de la historiografía pasada.

A la comunidad de historiadores le toca decidir sobre los problemas historiográficos que tenemos y sus posibles soluciones, pero ¿cómo hacerlo si las dificultades y las alternativas no se exponen libre y polémicamente? Sin potenciar el debate, es imposible llegar a nuevos consensos,³⁰ y las situaciones críticas pueden llegar a pudrirse.

Kuhn ha planteado que, en toda ciencia, el cambio de paradigmas —las crisis, las revoluciones científicas— lleva aparejado el debate,³¹ pero como no se pueden estar replanteando eternamente los fundamentos de una disciplina, en los periodos que él llama de ciencia normal, cede la rivalidad de teoría, y se debaten solamente las cuestiones que no son principales para la práctica de los investigadores.³² El mismo Kuhn excluye, por descontado, a las ciencias humanas y sociales, de estos periodos "normales" de ciencia sin debate, reconociendo la función creadora de la confrontación y la crítica permanente, por ejemplo en filosofía y en historia,³³ en lo cual, por cierto, coincide con su adversario Popper.³⁴ Aun en las ciencias naturales, treinta años después de las obras

²⁹ Febvre, *Combates*, 1975, p. 34.

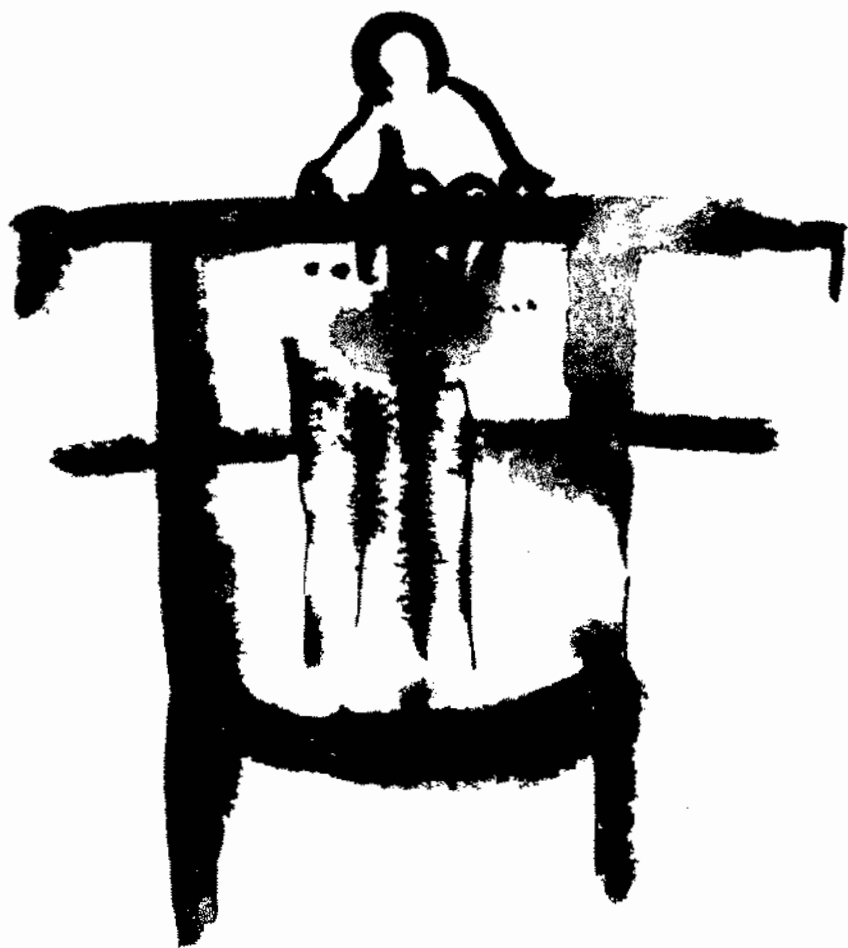
³⁰ Controversias y consensos, se están produciendo ya, aunque sus efectos historiográficos están frenados por las propias restricciones de un debate demasiado implícito y fragmentado, que no ha conseguido todavía interesar al conjunto de la profesión.

³¹ Kuhn, *Estructura*, 1975, p. 87; *Función*, 1979, p. 22; *Tensión*, 1983, p. 297.

³² Kuhn, *Estructura*, 1975, pp. 143, 276-277; *Función*, 1979, p. 22.

³³ Kuhn, *Tensión*, 1983, p. 34.

³⁴ *Idem.*, p. 296.



principales de Kuhn, tenemos muy serias dudas de que sea aplicable, en lo relativo a la controversia, una separación tan neta entre ciencia normal y ciencia extraordinaria;³⁵ la crítica interna que toda disciplina viva tendría que institucionalizar, es hoy, además, una obligación, considerando la velocidad con que los descubrimientos científicos se suceden, al menos en algunas ciencias.

En el caso de la ciencia histórica, la perentoriedad de un debate constante, la historia-debate como parte del paradigma a establecer, más allá por tanto de la urgencia de la crisis actual, surge de la expansión de la historia como disciplina, de su peculiaridad como ciencia de un pasado humano, interrogado e interpretado desde un presente y de un futuro que son móviles —y hacen móvil al pasado investigado—, y de la propia experiencia de los historiadores durante los últimos veinte años. La ausencia de un debate explícito y suficientemente centrado ha prolongado excesivamente una deplorable situación de equilibrio inestable, donde lo nuevo no acaba de imponerse y lo viejo no acaba de desaparecer, donde las posiciones se polarizan o se dispersan sin que se efectúen síntesis sucesivas que aseguren la reformulación del consenso. El desfase entre la práctica plural de los historiadores (fragmentada pero fructífera, innovadora pero recuperadora de viejos géneros) y una teoría, que por inercia sigue remitiendo al paradigma marxista *annaliste* del siglo XX, es más que evidente. Para corregirlo, hay que debatir a tumba abierta, reconociendo la crisis —sin engañarnos a nosotros mismos con jeremiadas o con dosis extremas de voluntarismo—, y llegar a conclusiones que nos sitúen en unas nuevas coordenadas paradigmáticas. Lo cual supone la reimplantación de hábitos de tolerancia hacia las posiciones contrarias, cuyas aportaciones a la recomposición de un paradigma común hay que saber aceptar.³⁶ La dinámica de rivalidad y cooperación, entre la escuela de *Annales* y el materialismo histórico, que ha hecho viable la victoria del paradigma historiográfico del siglo XX, es la mejor prueba de lo que estamos defendiendo: las divergencias fructíferas son una elemental exigencia de una historiografía sana.

³⁵ Separación que en cualquier caso es capital para entender el progreso de la ciencia; lo que queremos decir es que siendo de distinta entidad el debate en las crisis paradigmáticas y el debate durante los tiempos de estabilidad, no cabe subestimar o eliminar éste, entre otras cosas porque es la garantía del primero.

³⁶ El miedo a caer en el eclecticismo se puede superar leyendo —o releyendo— lo que Hegel y Marx nos enseñaron en cuanto a dialéctica, hoy reflatada por la teoría de la complejidad y los repetidos fracasos de los determinismos estrictos.

15. La madurez de un paradigma está en las escuelas que lo animan

La crisis de crecimiento y, al mismo tiempo, paradigmática, por la que atravesó la historiografía mundial en los años 80, desagregó su paradigma común y generó tendencias centrífugas que disgregaron sus componentes, y divorciaron a las historiografías nacionales y a las grandes escuelas del siglo XX.

Junto con el debilitamiento y el cuestionamiento de los paradigmas compartidos que les concedían funcionalidad, relaciones mutuas y autoridad conjunta, la escuela de *Annales* y la escuela marxista de historia social, siguiendo —y animando— la tónica general, se diversificaron durante la última década, fueron objeto de una acerva crítica externa e interna,³⁷ y se distanciaron entre sí, de suerte que hoy muy pocos mantienen, o aceptan, que sigan siendo escuelas historiográficas con cabezas de fila, programas unificados de investigación, disciplina y órganos de expresión.

En la dirección colegiada de la revista *Annales* reina en la actualidad una diversidad (rica) de líneas historiográficas, que tienen su punto de encuentro en la relación con el exterior: la interdisciplinariedad. Esta falta de nexo interno, es más evidente conforme ampliamos el círculo al Centre de Recherches Historiques de la École des hautes études en Sciences Sociales, y, por último, a las universidades francesas. El fraccionamiento de la escuela de *Annales*, nacida en 1929, no es más que una consecuencia —y una causa— de la dispersión general de la historiografía del último tercio del siglo, que afecta también, sobremanera, a los historiadores próximos al marxismo. El nacimiento en 1976 de *History Workshop*, las polémicas entre E. P. Thompson y Perry Anderson, entre otros, sobre el estructuralismo (1978-1980), y entre Lawrence Stone y Eric J. Hobsbawm sobre el retomo de la narrativa (1979-1980), marcan las tensiones de una diversificación que pronto se convertirá en críticas a la historia social que representa *Past and Present*,³⁸ revista que, en todo caso, nunca tuvo un carácter de escuela tan delimitado como *Annales*. En ambos casos, el resultado es el mismo, un *big bang* inicial y una expansión posterior que termina por fragmentar y enfrentar las partes.

Se ha generalizado, en total, entre los historiadores la creencia de que las grandes escuelas del siglo XX son ya cosa del pasado, tradiciones de

³⁷ Barros, "La Nouvelle", pp. 83-311.

³⁸ Desde finales de los años 70 se la crítica, incluso desde el marxismo, por perder el espíritu innovador, mostrándose conservadora ante la historia de la familia, la historia de las mujeres, la historia oral; por abandonar la historia política, los enfoques cualitativos y la historia-problema; por ser débiles ante la tradición *whig* de la historiografía británica, moralista, liberal y positivista.

referencia³⁹ pero ya no escuelas activas.⁴⁰ La mejor referencia que tenemos de una tradición historiográfica no organizada como escuela, es el positivismo. El marxismo y *Annales*, ahora, en los años 90, se parecen más a las viejas tradiciones preparadigmáticas, suerte de tendencias difusas, que a verdaderas escuelas de pensamiento y acción historiográfica. Es curioso observar cómo, a medida que la rivalidad se impone a la cooperación entre ambas escuelas, muy pocos se dan cuenta —de ahí la importancia de las dos primeras tesis de nuestra propuesta— de que las crisis sufridas por la historiografía marxista y por *Annales*, guardan una íntima relación, van paralelas en su fase final y remiten ambas a una crisis general del paradigma común, a su vez influida por los cambios de paradigma científico global, y por las transformaciones socioculturales finiseculares.

El decaimiento del paradigma común y de las grandes escuelas que lo sostenían, en un contexto de desarrollo de la historiografía mundial, ha engendrado fenómenos hasta cierto punto contradictorios: 1) El individualismo historiográfico, alentado por la necesidad y/o el gusto por el currículum académico, y por el auge del individualismo como mentalidad colectiva en los años 80. 2) Un mayor peso de las tradiciones historiográficas “naturales” que identifican a los investigadores por encima de cualquier anterior referencia paradigmática o de escuela: a) el área de conocimiento, según los esquemas convencionales de clasificación universitaria (en Europa occidental: historia antigua, medieval, moderna y contemporánea); y b) las historiografías nacionales. 3) La tendencia a la mundialización de la historiografía, sobre la base de una intensificación de los contactos internacionales; proceso de interrelación que afecta a una minoría, pero que tiene a su favor la aceleración del mundo presente hacia la “aldea global”, en todos los ámbitos de la vida.

La revitalización de la historia como ciencia social reclama un papel activo de la comunidad de historiadores alrededor de un programa historiográfico; reclama proyectos colectivos más allá de los marcos académicos y también nacionales —por supuesto, ineludibles—; reclama *combates por la historia* del estilo de las escuelas historiográficas que hemos heredado. Por mucho que la realidad se está encargando de rebasar ampliamente a las viejas escuelas, el “espíritu de escuela” historiográfica específico del siglo XX es hoy más necesario que nunca.

³⁹ Barros, “Conversaciones”, 1993, p. 39.

⁴⁰ En su nueva etapa, *Annales*, acusando las críticas recibidas, ni siquiera se define como una escuela, sino como un lugar de experimentación: *Annales*, núm. 6, “Histoire et sciences”, 1989, p. 1317.

Hemos escrito escuelas en plural y no escuela en singular, porque creemos que, ni en el pasado y en el futuro, “paradigma común” equivale a “escuela única” de teoría y práctica historiográficas. El tono crítico y autocrítico, la historia-debate, la vitalidad de un paradigma, está, en una palabra, más garantizado con una diversidad de escuelas, grandes y pequeñas, internacionales y nacionales, interdisciplinarias y disciplinares. La diversidad académica, nacional, ideológica, generacional, de la comunidad de historiadores —o de otra ciencia social— obliga, pues, a combinar eficazmente pluralidad con consenso.

La primera tarea de la historiografía del siglo XXI es reformular y revitalizar las grandes escuelas del siglo XX, lo que implica nuevos focos de intervención historiográfica, dentro y/o fuera de dichas tradiciones, que además de buscar la divergencia procuren la convergencia, aquellas síntesis sucesivas que nos permitan avanzar y salir del pantano de la transición paradigmática.

Para “asimilarlo a lo nuevo, lo antiguo debe ser revalorado y reordenado”.⁴¹ Es menester un balance finisecular de la historiografía *annaliste* y marxista (sin olvidar el positivismo), por separado y conjuntamente, que tome nota de los éxitos y de los fracasos, de las limitaciones internas y externas, de los objetivos realizados y de los puntos incumplidos. La mayor aportación de las escuelas del siglo XX al nuevo consenso historiográfico, urgido por nuevas necesidades científicas y sociales, es una autocrítica que incidiendo en la renovación no se prive de defender sus aspectos más actuales, o más imprescindibles. Seamos radicales en ambos sentidos, en la innovación y en la vigencia. Enfrentémonos al pensamiento simplificador que nos veda realizar las dos operaciones al mismo tiempo, y al posmodernismo que proporciona la crítica pero nos niega la síntesis, la tensión esencial entre tradición y cambio, entre pensamiento divergente y pensamiento convergente,⁴² la base del progreso científico y social.

La revista *Annales* ha dado ejemplo lanzando a finales de 1989 un *tournant critique*⁴³ que, cuatro años después, ofrece unos frutos restringidos —ilustración de las grandes dificultades para promover el cambio desde el centro de las grandes tradiciones—, esto es, una significativa renovación generacional, pero pocas propuestas programáticas. La escasez de debate en las páginas de la revista y la desconexión francesa con la evolución reciente de la historiografía marxista, principalmente anglosajona, han coadyuvado al restringido eco del *tournant critique* de

⁴¹ Kuhn, *Tensión* 1983, p. 249.

⁴² *Ibid.*

⁴³ Carlos Barros, “El ‘tournant critique’”, Valencia, 1991, pp. 193-197.



Annales, que marca así y todo una nueva etapa para la corriente fundada por Bloch y Febvre, cuyo perfil final está todavía por decidir.

Desde la historiografía marxista no se ha intentado, hasta ahora, nada parecido. Hay actitudes reivindicativas y defensivas, y también otras realistas y severamente autocriticas, ambas útiles e irremediables, pero teñidas de pesimismo, faltas de alternativas cara el futuro. El mayor obstáculo es externo: la parálisis que atenaza al pensamiento crítico marxista desde 1989. Estamos convencidos de que la reacción no se hará esperar, porque sin la contribución del materialismo histórico es imposible saldar cuentas —no sólo historiográficamente— con el siglo XX y entrar en el siglo XXI, donde nos encontraremos con realidades sociales que, en aspectos decisivos, son peores a las que dieron origen al marxismo, y contextualizaron las actuales ciencias sociales y humanas.

Así como los paradigmas generales, economicista y estructuralista, que han sobredeterminado el paradigma común de los historiadores del siglo XX, matando el sujeto, han sido desechados en general por los historiadores, no ha ocurrido lo mismo con el paradigma neopositivista, de influencia más clandestina pero no menos eficaz. Romper con el positivismo "malo" (antiteórico y antihistoricista) sin abandonar el positivismo "bueno" (rigor crítico documental) es, en nuestra opinión, un paso obligado para entrar en el siglo XXI historiográfico, y poder así desarrollar —en otro contexto— aquellos elementos paradigmáticos de *Annales* y del materialismo histórico que, teniendo en consenso de la comunidad historiográfica, acabaron sepultados por el objetivismo cientificista de raíz positivista, economicista y estructuralista. Por todo ello, es recomendable remontarse a los orígenes de las dos grandes escuelas historiográficas del siglo XX, para ganar en perspectiva y poder así evaluar mejor lo que sirve y lo que no sirve, lo que hay que reflotar —y reformular— y lo que hay que desechar, con los ojos puestos siempre en el futuro.

Si decimos que no hay metas fatalmente prefijadas sino objetivos continuamente revisables, es que no podemos saber con certeza la configuración final del paradigma historiográfico en formación, ni el papel que en él jugarán las tradiciones del siglo XX, o las nuevas escuelas que puedan constituirse en los años próximos. Es la comunidad de historiadores quien decide en última instancia el camino a seguir, que nos puede llevar a un nuevo paradigma común con escuelas (como en la segunda mitad del siglo XX), a varios paradigmas contradictorios con escuelas (romanticismo versus positivismo en el siglo XIX), o a otra configuración específica del siglo XXI. Nuestra opción es clara: paradigma común con escuelas —posiblemente de menores dimensiones— que promuevan una ciencia histórica con sujeto: tolerante y con debate; innovadora y tradicional; empírica y teórica; unificada, interdisciplinar y global; y beligerante contra el futuro inhumano que nos espera.

16. Los cambios socioculturales de los años 90 favorecen a la historia y a las ciencias del hombre

Reivindicamos un nuevo paradigma común que haga salir de las catacumbas a la historia y a las humanidades. La coyuntura mental de los años 90 es, en este sentido, más favorable que la coyuntura de los años 80, caracterizados por el yupismo, la adoración del dinero y del poder, la ola conservadora de Thatcher y Reagan, que parecía culminar brillantemente, hacia 1989, devolviendo el Este a un capitalismo que de inmediato se manifestó especulativo, corrupto y mafioso. La reacción de los años 90 contra ese capitalismo salvaje e inhumano en el este de Europa, y contra la corrupción política y financiera en el sur de Europa, el movimiento *politically correct* en Estados Unidos, las huelgas generales obreras y estudiantiles europeas contra el paro y los recortes sociales del Estado de bienestar, la revuelta de Chiapas, el auge de las organizaciones no gubernamentales y de la solidaridad con el Tercer Mundo, la búsqueda de un nuevo compromiso ético en las ciencias físicas, biológicas y de la salud, la contestación del posmodernismo —cuyas críticas es capital considerar— desde una nueva racionalidad, están creando un clima mental, intelectual y moral, muy diferente, menos individualista y más humanista, a medida que nos acercamos al año 2000. O la humanidad devuelve al hombre y a su medio ambiente, el centro de interés de la actividad política y económica, o el descalabro final —ecológico, demográfico, ético, social— a manos de la tercera revolución tecnológica y de la prepotencia del Primer Mundo está asegurado. La historia y las ciencias humanas tienen algo que decir y van a decirlo, siempre y cuando el paradigma historiográfico culmine satisfactoriamente el cambio en curso, que no tiene meta preestablecida: depende de nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- Annales, "Histoire et sciences sociales; un tournant critique", núm. 6, 1989, p. 1317.
- Barros, Carlos, "El 'tournant critique' de Annales", *Revista de Història Medieval*, núm. 2, Valencia, 1991.
- , "La 'Nouvelle Histoire' y sus críticos", *Revista d'Història Moderna, Manuscrits*, núm. 9, Barcelona, 1991.
- , "Conversaciones con Roger Chartier", *Revista d'Història Moderna, Manuscrits*, núm. 11, Valencia, 1993.
- , "Historia de las mentalidades, historia social", *Historia Contemporánea*, núm. 9, Bilbao, 1993.

—————, "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales" en *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993.

—————, "La contribución de los terceros *Annales* y la historia de las mentalidades, 1969-1989" en *La otra historia, sociedad, cultura y mentalidades*, Vitoria, 1993.

-Febvre, Lucien, *Combates por la historia*, Barcelona, 1975, París 1953.

-Khun, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975, Chicago, 1962.

—————, *La función del dogma en la investigación científica*, Valencia, 1979, Nueva York, 1963.

—————, *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Madrid, 1978, Illinois, 1973.

—————, *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, 1983, Chicago, 1977.

-Lakatos, Imre, *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, 1983, Cambridge, 1973.

-Minc, Alan, *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, Madrid, 1994, París, 1993.

-Morin Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, 1994, París, 1990.

-Samuel, Raphaël, *Historia popular y Teoría socialista*, Barcelona, 1984, Londres, 1981.

-Snow, C. P., *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Madrid, 1977, Cambridge, 1959.

